

en ciertas ocasiones, se manifiesta arriba, en la calle, por una especie de grietas, como dientes de sierra, entre los adoquines, que formaban una línea serpentina en toda la longitud de bóveda hundida, y entonces, como el daño era visible, podía aplicársele pronto remedio. Acontecía también con frecuencia que el destrozo interior no se revelaba por ninguna grieta exterior. En ese caso, ¡pobres poceros! Entrando sin precaución en la alcantarilla hundida, estaban expuestos á abismarse. Los antiguos registros hacen mención de varios poceros sepultados por esta causa, y hasta citan los nombres de las víctimas; entre otros, el de uno que se perdió en el hundimiento debajo del ramal de la calle Careme-Préanant, llamado Blas Pontraint, hermano de Nicolás Pontraint, el último, sepulturero del cementerio conocido por el Osario de los Inocentes, en 1785, época en que este cementerio desapareció.

Algo parecido le sucedió al joven y elegante vizconde de Escoubleau, de quien ya hemos hablado, que fué uno de los héroes del sitio de Lérida, donde se dió el asalto con medias de seda y una vanguardia de músicos tocando violines. Escoubleau, sorprendido una noche en casa de su prima, la duquesa de Sourdis, pereció ahogado por un hundimiento del albañal de Beautreillis, donde se había refugiado huyendo del duque.

La señora duquesa cuando le dieron cuenta de esta muerte, pidió su pomito, y se olvidó de llorar á fuerza de respirar sales.

En casos semejantes, no hay amor que queme; la cloaca lo apaga.

Hero se niega á lavar el cadáver de Leandro, Tisbe se tapa las narices delante de Píramo, exclamando: ¡Puf!

VI

El hundidero.

Juan Valjean se encontró ante un hundidero.

Esta especie de hundimientos eran entonces muy frecuentes en el subsuelo de los Campos Eliseos, que se sometía con dificultad á los trabajos hidráulicos, y conserva poco las construcciones subterráneas, por su excesiva fluidez. Esta fluidez deja atrás la inconsistencia misma de las pérfidas arenas del barrio de San Jorge, que han necesitado un afirmado de hormigón, y de las capas gredosas infectadas de gas del barrio de los Mártires, tan líquidas, que no ha podido practicarse el paso por debajo de la galería de los Mártires, sino por medio de un tubo de hierro colado.

Cuando en 1836 se demolió en el arrabal de San Honorato, para volverla á construir, la antigua alcantarilla de piedra, donde ahora encontramos á Juan Valjean, la arena movediza que constituye el subsuelo de los Campos Eliseos hasta el Sena, fué un obstáculo tal, que hizo durar la obra cerca de seis meses, con gran escándalo de los ribereños, sobre todo de los ribereños de palacios y carrozas.

Los trabajos sobre ser difíciles, fueron peligrosos, si bien es verdad que hubo cuatro meses y medio de lluvia y tres crecidas del Sena.

El hundidero que encontró Juan Valjean provenía del chaparrón de la vispera.

El empedrado, mal sostenido por la arena subyacente, había flaqueado, produciendo un estancamiento de agua.

Siguióse la filtración y luego el derrumbamiento.

El solado desunido se había sumergido en el cieno. ¿Hasta qué extensión? se ignoraba.

En aquel punto la obscuridad era más espesa que en las demás partes. Era un agujero de lodo en una caverna de noche.

Juan Valjean sintió que el empedrado desaparecía bajo sus pies, y penetró en el fango. Agua en la superficie, légamo en el fondo.

Era preciso pasar, pues que retroceder era imposible.

Mario estaba expirante, y Juan Valjean extenuado y sin aliento.

Por otra parte, ¿adónde había de ir?

Juan Valjean siguió adelante: creyendo sobre todo que era el hundidero poco profundo.

Pero á medida que avanzaba, sus pies se iban hundiendo. Pronto el cieno le llegó á media pierna, y el agua sobre las rodillas. Caminaba no obstante, sosteniendo con los brazos levantados á Mario, lo más que podía, sobre el agua.

El cieno le pasaba ya de las corvas y el agua de la cintura. Imposible volver atrás. Hundíase á cada paso más, y aquel fango, bastante denso para el peso de un hombre, no podía sostener el de dos. Trabajo les hubiera costado á Mario y á Juan Valjean salir de allí andando separados.

Juan Valjean continuó avanzando con aquel moribundo, que quizá era ya un muerto.

El agua le llegaba á los sobacos. Conocía que iba á zozobrar, y apenas podía moverse en la profundidad de cieno en que se hallaba. La densidad que era el sostén, era al propio tiempo el obstáculo.

Tenía levantado siempre á Mario sobre el agua, y con esfuerzos inauditos seguía adelante; pero no sin sumergirse más, hasta no quedarle visible sino la cabeza y los brazos levantando á Mario.

En las antiguas pinturas del diluvio se ve á una madre haciendo otro tanto con su hijo.

Hundióse aún más, y para poder respirar, volvía la cara hacia atrás.

Quien le hubiese visto en aquella obscuridad, habría creído ver una máscara flotante en la sombra.

Divisaba vagamente por encima de él la cabeza colgante y el rostro lívido de Maio. Hizo un esfuerzo desesperado y adelantó un pie. El pie tropezó en una cosa sólida; era un punto de apoyo. Ya era tiempo.

Afirmóse é irguióse con cierta furia en aquel punto de apoyo, lo cual le produjo el efecto del primer peldaño de una escalera para subir nuevamente á la vida.

Aquel punto de apoyo que halló en el fango en el momento supremo, era el principio de la otra vertiente del solado, que había cedido sin romperse, encorvándose debajo del agua como una tabla de una sola pieza.

Los empedrados bien contruidos son abovedados y presentan esta clase de resistencia. Aquel fragmento del solado, en parte sumergido, pero sólido, era una verdadera rampa; y una vez alcanzada se estaba á salvo.

Juan Valjean subió por aquel plano inclinado, y pronto estuvo al otro lado del hundidero.

Al salir del agua tropezó en una piedra, y cayó de rodillas. Parecióle muy justo y permaneció allí algún tiempo, con el alma abismada hablando á Dios.

Levantóse tiritando, helado, infecto, doblándose bajo el peso del moribundo que llevaba, chorreando ceno, y con el alma inundada por una luz extraña.

VII

A veces se encalla donde se cree desembarcar.

Emprendió su camino otra vez aún.

Por lo demás, si bien no dejó la vida en el hundidero, parecía haber dejado las fuerzas. Háblale aniquilado aquel supremo esfuerzo; y era tal su fatiga, que á cada tres ó cuatro pasos tenía que cobrar aliento y apoyarse en la pared.

Tuvo una vez necesidad de sentarse en el andén para cambiar de posición á Mario, y creyó no volver á levantarse.

Pero si el vigor había muerto en él, no así la energía, y se levantó.

Caminó desesperadamente, casi de prisa; anduvo de este modo unos cien pasos, sin alzar la cabeza, sin respirar apenas, cuando, de súbito, tropezó en la pared.

Había llegado á uno de los ángulos de la alcantarilla con la cabeza baja, y de ahí el choque. Abrió los ojos y en la extremidad del subterráneo, delante de él, lejos, muy lejos, percibió la luz. No era esta vez la claridad terrible, sino una claridad purísima. Era la luz del día.

Juan Valjean veía la salida.

El alma de un condenado que en medio de las llamas divisase de repente la salida del infierno, experimentaría lo que experimentó Juan Valjean. Volaría desatinadamente con sus quemadas alas hacia la radiante puerta.

Juan Valjean no sintió ya fatiga, no sintió ya el peso de Mario; recobró sus piernas de acero, y se puso á correr mejor que á caminar. A medida que se aproximaba distinguía mejor la salida.

Era un arco abovedado, más bajo que la bóveda, la cual por grados iba decreciendo, y menos ancho que la galería que iba estrechándose al par que la bóveda bajaba. El túnel terminaba en forma de embudo; término vicioso, imitado de los calabozos de las cárceles, lógico en un penal, ilógico en una cloaca, y por eso tal vez se ha corregido.

Juan Valjean llegó á la salida.

Allí se detuvo.

Era, en efecto, una salida, pero no se podía salir.

Estaba cerrada el arco con una fuerte reja, y la reja, que, al parecer, giraba muy pocas veces sobre sus oxidados goznes, estaba sujeta al dintel de piedra por una gruesa cerradura, rojiza de orín, que parecía un enorme ladrillo. Veíase el ojo de la llave, y el macizo pestillo profundamente encajado en la chapa de hierro.

La cerradura era de doble vuelta, de la forma de las de las Bastillas, tan en uso en el París antiguo.

Al otro lado de la reja, el aire libre, el río, el día, el ribazo muy estrecho, pero suficiente para marcharse; los muelles lejanos, París, ese gran abismo donde es tan difícil esconderse; el vasto horizonte, la libertad. A la derecha, río abajo, se distinguía el puente de Jena, y á la izquierda, río arriba, el puente de los Inválidos. El sitio hubiera sido á propósito para esperar la noche y evadirse. Era uno de los puntos más solitarios de París; el ribazo que da frente al Gros Caillou.

Juan Valjean colocó á Mario junto á la pared, en la parte seca del embaldosado; después se dirigió á la reja, y cogió con sus dos manos crispadas los barrotes.

El sacudimiento fué frenético, la conmoción nula. La reja no se movía. Juan Valjean fué probando los barrotes uno después de otro, por ver si podía arrancar el menos sólido, y convertirle en palanca para levantar la puerta, ó para romper la cerradura. Ninguno cedió.

Los dientes del tigre dentro de sus alvéolos no tienen mayor solidez. Ni palanca ni fuerza alguna para aquel obstáculo invencible. No había medio de abrir la puerta.

¿Debía, pues acabar todo allí? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar?

Para retroceder, y desandar el horrible camino recorrido, no se sentía con fuerza suficiente. Por otra parte, ¿cómo atravesar de nuevo aquel lodazal de donde había salido por milagro? Y después del lodazal, ¿no estaba allí la ronda de policía de la cual no era fácil escaparse dos veces?

¿Donde ir, pues? ¿Qué dirección tomar?

Seguir la pendiente, no era alcanzar el fin. Aunque se encontrase otra salida, ¿no había de estar también cerrada con reja ó tapón?

Todas las salidas se hallaban indudablemente cerradas como aquella. La casualidad había hecho desencajar la reja por donde había entrado; pero era evidente que todas las demás bocas de la alcantarilla estarían cerradas.

Sólo había logrado evadirse, para caer en un gran calabozo.

Todo había acabado. Cuanto había hecho Juan Valjean resultaba inútil.

La fatiga produciendo el aborto.

Estaban ambos cogidos en las sombrías é inmensas redes de la muerte, y Juan Valjean sentía correr por sus negros hilos, estremeciéndose en las tinieblas, á la espantosa araña.

Volvióse de espaldas á la reja, se dejó caer en el suelo junto á Mario, que continuaba inmóvil, y hundió la cabeza entre ambas rodillas. No había salida. Era la última gota de cáliz de la angustia.

¿En qué pensaba durante aquel profundo abatimiento?

Ni en él, ni en Mario. Pensaba en Cosette.

VIII

El jirón de la levita.

En medio de aquel anonadamiento, sintió una mano en el hombro y una voz que hablando por lo bajo decía:

—Parte para dos.

¿Quién podía ser entre aquellas sombras?

Nada se parece tanto al sueño como la desesperación, y Juan Valjean creyó estar soñando. No había oído pasos. ¿Era aquello posible? Levantó los ojos.

Había un hombre delante de él.

Este hombre vestía blusa é iba descalzo; llevaba los zapatos en la mano izquierda; sin duda se los había quitado para llegar hasta Juan Valjean sin ser oído.

Juan Valjean no vaciló un momento. A pesar de cogerle tan de improviso, conoció al hombre. Era Thénardier.

Aunque despertando, digámoslo así, sobresaltado, Juan Valjean, acostumbrado á vivir alerta y práctico en los golpes imprevistos que conviene parar pronto, recobró en seguida toda su presencia de ánimo. Además, la situación no podía empeorar, pues hay desastres que no pueden acrecentarse, y ni el mismo Thénardier era capaz de ennegrecer aquella tenebrosa noche.

Hubo un momento de tregua.

Thénardier, levantando la mano derecha á la altura de la frente en forma de pantalla, frunció las cejas y achicó los ojos, lo cual acompañado de una contracción de labios caracterizaba la atención sagaz de un hombre que quiere reconocer á otro. No lo consiguió sin embargo.

Como antes hemos dicho, Juan Valjean se volvía de espaldas á la luz, y estaba además tan desfigurado, é iba tan lleno de fango y de sangre, que ni aún en medio de la luz del día le hubiera reconocido nadie.

Al contrario, Thénardier, que, alumbrado el rostro por la luz de la reja, lívida, es verdad, pero clara en su lividez, saltó como dice la enérgica metáfora vulgar, desde luego á los ojos de Juan Valjean. Esta desigualdad de situación bastaba para dar alguna ventaja á Juan Valjean en el misterioso duelo que iba á empeñarse. El duelo se realizaba entre Juan Valjean disfrazado, y Thénardier sin máscara.

Juan Valjean advirtió inmediatamente que Thénardier no le conocía.

Se consideraron un momento en la penumbra, y como si trataran de medirse. Thénardier fué el primero en romper el silencio.

—¿Cómo te las vas á componer para salir?

Juan Valjean no respondió.

Thénardier continuó.

—Es imposible forzar la puerta, y es preciso, sin embargo, que salgas de aquí.

—Ciertamente,—dijo Juan Valjean.

—Pues bien, parte para entrambos.

—¿Qué queréis decir?

—Tú has matado á ese hombre; bien. Pero yo tengo la llave.

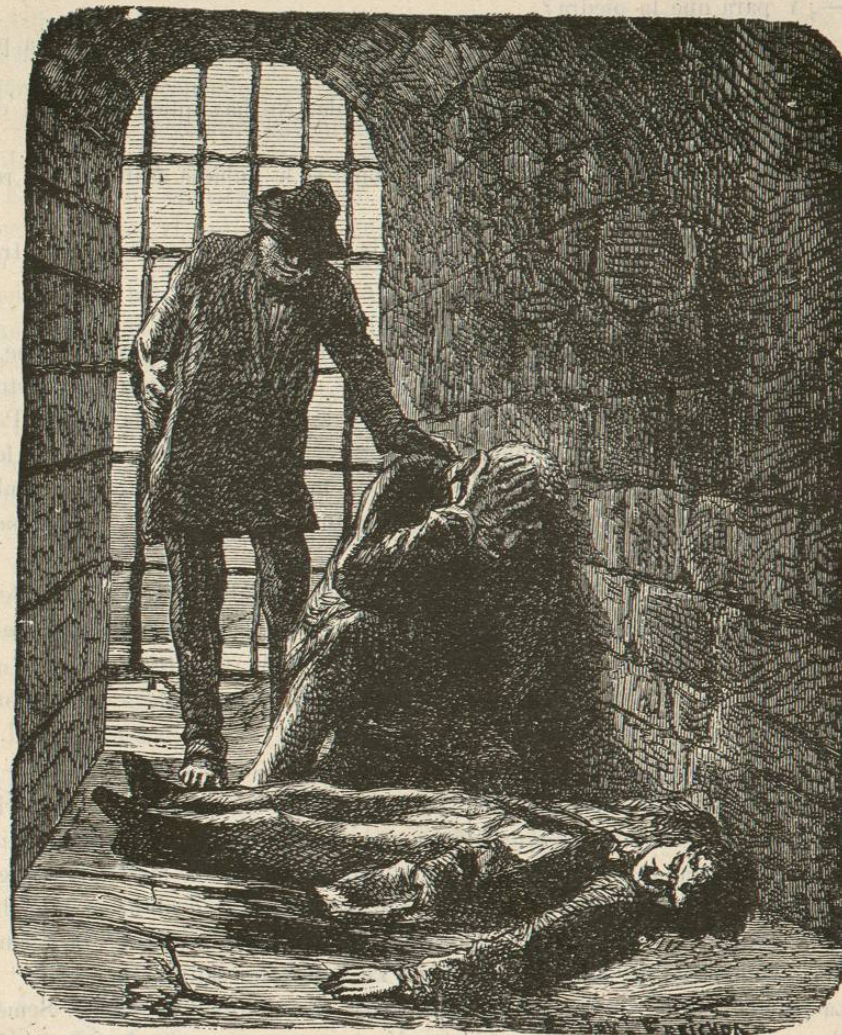
Thénardier indicaba con el dedo á Mario, y prosiguió:

—No te conozco, pero quiero ayudarte. Debes ser un camarada.

Juan Valjean empezó á comprender. Thénardier le tomaba por un asesino.

Thénardier repuso:

—Oye, buen amigo, no habrás matado á ese hombre sin mirar lo que llevaba



en los bolsillos. Dame la mitad, y te abro la puerta, proporcionándote como deshacerte del muerto.

Dejando asomar entonces una enorme llave por debajo de su blusa hecha jirones, añadió:

—¿Quieres ver cómo se porta la llave del campo? Pues míralo.

Juan Valjean “se quedó tonto,” según el dicho de Corneille, hasta el punto de dudar de la realidad de lo que veía.

Era la Providencia con formas horribles; era el ángel bueno que surgía de la tierra en la persona de Thénardier.

Thénardier metió la mano en un gran bolsillo que llevaba oculto bajo la blusa, sacó una cuerda y la alargó á Juan Valjean, diciéndole:

—Toma, te doy además la cuerda que te hace falta.

—¿Y para qué esta cuerda?

—Necesitas también una piedra; pero afuera la hallarás. Junto á la reja las hay de sobra en un montón.

—¿Y para qué la piedra?

—Imbécil, puesto que vas á arrojar el cadáver al río, si no le atas una piedra al cuello, va á flotar sobre el agua.

Juan Valjean tomó maquinalmente la cuerda. No hay quien no tenga de estas aceptaciones maquinales.

Thénardier hizo castañetear los dedos, como si le hubiese asaltado de repente una idea.

—Pero camarada, ¿cómo has podido salir del lodazal? Yo no me he atrevido con él. ¡Puf! ¡Y como hueles!

Después de una pausa añadió:

—Te estoy haciendo preguntas, y haces tú muy bien en no costestarme. Es un ensayo para cuando comparezcas ante el juez, que es por cierto un cuarto de hora bien poco gracioso. Además de que, quien calla no dice nada. ¡Bah! Porque no vea tu cara ni conozca tu nombre, no te figures que ignoro lo que eres y lo que quieres. Lo sé. Le has estropeado un lado á ese mozo, y ahora desearías ocultarle en algún sitio. Te hace falta el río, que es el gran escóndelo todo. Voy á sacarte del apuro. Me gusta ayudar á la gente lista.

Al mismo tiempo de aprobar el silencio de Juan Valjean, trataba visiblemente de hacer que hablase. Empujóle en el hombro, para poder examinarle de perfil; y sin salir del tono bajo en que se mantenía en su voz, díjole:

Ahora que me acuerdo, eres un tonto. ¿Por qué no arrojaste á ese hombre en el lodazal?

Juan Valjean guardó silencio.

Thénardier, alzando hasta la nuez de la garganta el harapo que le servía de corbata, gesto que completa el aire de importancia de un hombre de peso, continuó:

Bien puede ser que obras cuerdamente, porque mañana los trabajadores, al venir á tapar el hueco, habrían tropezado con el cadáver, y de hilo en hilo, hebra por hebra, quizá se hubiera llegado hasta tí. Alguien ha entrado en la alcantarilla. . . ¿Quién? ¿Por dónde ha salido? ¿Le han visto salir?

La policía es muy ingeniosa. La alcantarilla es traidora y denuncia. Semejante hallazgo es una rareza, y llama la atención; pocas gentes se valen de la cloaca para sus negocios, mientras que el río es de todos. El río es la verdadera sepultura. Al cabo de un mes se pesca al hombre en las redes de Saint Cloud. ¡Y bien! ¿Qué importa? Un cuerpo muerto medio deshecho. ¡Vaya en gracia! ¿Quién lo mató? París, Ni siquiera se da parte á la justicia. Has hecho muy bien.

Cuanto mayor era la locuacidad de Thénardier, más mudo se iba quedando Juan Valjean.

Thénardier le sacudió de nuevo sobre el hombro.

—Terminemos nuestro asunto. Partamos. Has visto mi llave; muéstrame tu dinero.

Thénardier aparecía huraño, fosco, mirando siniestramente, algo amenazador; pero el tono era pacífico.

Notábase una cosa extraña. Los modales de Thénardier no tenían nada de sencillos. Estaba como violento. Aunque sin afectar misterio, hablaba bajo, y de vez en cuando ponía el dedo en la boca murmurando: ¡chist!

No era fácil adivinar la causa.

Allí no había nadie más que ellos dos solos, y Juan Valjean supuso que había otros bandidos ocultos en algún rincón no lejano, y que Thénardier no tenía intención de partir con ellos.

—Acabemos —repitió Thénardier.—¿Cuánto tenía ese mozo en la faltriquera?

Juan Valjean metió la mano en la suya.

Esta vez, sin embargo, le cogió casi completamente desprevenido. Al ponerse la noche anterior el uniforme de guardia nacional, se había olvidado, abrumado como estaba de pensamientos lúgubres, de llevar la cartera. Sólo tenía algunas monedas en el bolsillo del chaleco. Volvióle del revés, empapado como estaba de fango, y vació en el solado de la banqueta un luis de oro, dos monedas de cinco francos, y diez ó doce sueldos.

Thénardier alargó el labio inferior, y toreó el cuello en ademán significativo.

—Le has matado por bien poco —le dijo.

Y se puso á tentar con toda familiaridad los bolsillos de Juan Valjean y los bolsillos de Mario.

Atento Juan Valjean principalmente á que no le diese la luz en el rostro se dejó registrar.

Al propio tiempo de andar Thénardier en el bolsillo de Mario, con la destreza de un escamoteador, halló medio de arrancar, sin que Juan Valjean lo notase, un girón, y ocultarle debajo de su blusa, calculando, sin duda, que podría servirle algún día para conocer al hombre asesinado y al asesino.

En cuanto á dinero, no encontró nada más que los treinta francos.

—Es verdad,—dijo— uno con otro no tienen más que eso.

Y olvidando su palabra de "parte para los dos," lo tomó todo.

Vaciló algo al llegar á los sueldos; pero después de reflexionar, los cogió también, murmurando:

—¡No importa! Sería despacharles muy barato.

En seguida sacó otra vez la llave.

—Ahora, amigo mío, es menester que te vayas. Aquí es como en la feria, se paga á la salida. Has ya pagado; sal.

Y se echó á reír.

Al proporcionar así á un desconocido el auxilio de aquella llave, y al abrir á otro que él aquella reja, ¿le guiaba la intención pura y desinteresada de salvar á un asesino? Séanos permitirlo dudarlo.

Thénardier ayudó á Juan Valjean á cargar de nuevo con Mario, y luego se dirigió de puntillas á la reja, haciendo señas á Valjean que le siguiese. Miró hacia afuera, púsose el dedo en la boca, y permaneció algunos segundos como observando.

Satisfecha al parecer su curiosidad, metió la llave en la cerradura. El pes-

tillo se deslizó y la puerta giró entre sus goznes sin producir chirrido ni otro ruido alguno. La operación se hizo muy lentamente.

Era evidente que la reja y los goznes, untados con aceite, se abrían más á menudo de lo que podía suponerse. Era ésta una suavidad siniestra, en la que se adivinaban idas y venidas furtivas, entradas y salidas silenciosas de hombres nocturnos, y los pasos del lobo del crimen.

La alcantarilla estaba indudablemente en relaciones de complicidad con alguna banda misteriosa. Aquella reja taciturna era una encubridora.

Thénardier entreabrió la puerta lo suficiente para que saliese Juan Valjean, volvió á cerrar, dió dos vueltas á la llave en la cerradura, y se sumergió otra vez en la obscuridad, sin hacer más ruido que un sopro.

Parecía andar con las patas aterciopeladas del tigre.

Poco después, aquella providencia de tan mala traza, había desaparecido en lo invisible.

Juan Valjean se encontraba fuera.

IX

Mario produce el efecto de un cadáver á alguien que lo entiende.

Dejó deslizar á Mario por el ribazo.

¡Estaba fuera!

Los miasmas, la obscuridad y el horror quedaban detrás de ellos; inundábalos á la sazón el aire libre, puro, lleno de vida, impregnado de alegría y respirable. Rodeábales el silencio; pero era el apacible silencio del sol oculto bajo el azulado horizonte. El crepúsculo iba desapareciendo, porque venía á toda prisa la noche libertadora y amiga de cuantos necesitan de un manto de sombra para salir de sus angustias.

El cielo se ofrecía por todas partes como un consuelo inmenso.

El río llegaba hasta los pies de Juan Valjean como el blando susurro de un beso. Oíase el diálogo aéreo de los nidos que se daban las buenas noches en los olmos de los Campos Eliseos. Algunas estrellas, salpicando débilmente el pálido azul del zenit, y visibles sólo á la meditación, formaban aquí y allá en la inmensidad breves é imperceptibles resplandores. La noche desplegaba sobre la cabeza de Juan Valjean todas las dulzuras del infinito.

Era la hora indecisa y delicada que no dice nunca ni sí ni no. Había ya bastante obscuridad para poder eclipsarse á cierta distancia, y bastante luz aún para conocer de cerca.

Por espacio de algunos segundos se sintió Juan Valjean vencido irresistiblemente por aquel conjunto de serenidad augusta y halagüeña. Existen indudablemente minutos de olvido en que el sufrimiento cesa de oprimir al miserable; en que todo se abisma en la idea; en que la paz, cual si fuese la noche, envuelve al pensador, y bajo el crepúsculo que irradia, y á imitación del cielo que se ilumina, el alma se llena de estrellas.

Juan Valjean no pudo dejar de contemplar la sombra inmensa y vaga, que

por cima de él, se extendía; y pensativo, tomaba entre el magestuoso silencio del eterno cielo un tinte de éxtasis y de oración. Después vivamente, como si el sentimiento del deber le asaltase, se inclinó hacia Mario, y cogiendo agua en el hueco de la mano le roció suavemente el rostro con algunas gotas. Los párpados de Mario no se movieron; sin embargo, su boca entreabierta respiraba.

Juan Valjean iba á introducir de nuevo la mano en el río, cuando de impro-



viso sintió esa especie de embarazo que se siente al tener detrás de nosotros alguien á quien no vemos.

En otra parte hemos indicado ya esa impresión conocida por todo el mundo. Se volvió.

Como hacía poco, había también, en efecto, alguien detrás de él.

Era un hombre de elevada estatura, y como envuelto en un levitón largo, y cruzado de brazos, llevando en la mano derecha un rompecabezas del que se veía